

**EL TALLER DE CANTARRANAS  
(EL PUERTO DE SANTA MARÍA,  
CÁDIZ): UN EJEMPLO PARA LA  
TRANSICIÓN NEOLÍTICO-  
CALCOLÍTICO EN CÁDIZ.**

**María Valverde Lasanta**

Servicio de Publicaciones.  
Universidad de Cádiz, 1993

El libro que reseñamos corresponde a una de las diversas Memorias de Licenciatura que en estos últimos años viene publicando la Universidad de Cádiz.

El tema de estudio es un amplio conjunto lítico (8.909 piezas), no

estratificado, hallado en el lugar conocido como Pago de Cantarranas (El Puerto de Santa María) y recogido en varias prospecciones, por miembros del Museo Municipal de esta ciudad, en cuyos depósitos se encuentra hoy custodiado. Además, el yacimiento está bien documentado tras las diversas campañas de excavaciones realizadas, en las que se han podido delimitar tres zonas con distintas función: habitat (fondos de cabaña), almacenaje (silos) y taller. Culturalmente, corresponde al denominado "Horizonte de los silos de Andalucía Occidental" que tiene sus inicios en el Neolítico Reciente, para perdurar hasta el Calcolítico Pleno o Precampaniforme.

El trabajo forma parte de una línea de investigación, que desde hace ya algunos años, viene realizando el Prof. E. Vallespi junto con un grupo de discípulos, entre los que se encuentran J. Ramos, director de la Memoria y prologuista del libro, cuyo principal objetivo es aportar una mayor información y comprensión de las culturas prehistóricas a través del estudio de los restos líticos. Al mismo tiempo, se percibe tras su lectura que la autora participa de las nuevas corrientes teórico-metodológicas del panorama arqueológico español. La obra queda estructurada en dos partes, después de una breve introducción donde la autora realiza una declaración de intenciones y traza las líneas maestras que han motivado su elaboración, para finalizar con un balance historiográfico del yacimiento en cuestión.

La primera parte incluye una descripción del Medio geográfico actual, en la falta de información impide, de momento, una reconstrucción del Paleoambiente, para pasar a continuación al capítulo que constituye el núcleo fundamental de la obra y, a nuestro parecer el más logrado y de mayor aportación personal: "La Tecnología". En él se acomete el estudio de los restos líticos basándose principalmente en

trabajos de Laplace y Fortea, en los que a partir del análisis tecnológico, tipométrico, y tipológico, se llega a vislumbrar la funcionalidad y, en definitiva, la economía de los grupos prehistóricos. Comienza con una didáctica descripción de los restos de talla y útiles, acompañada de un buen material gráfico, para terminar con un análisis de los mismos, ayudado por un necesario tratamiento estadístico e informático. A partir de aquí surgen las primeras conclusiones: la materia prima más utilizada fue el sílex; la industria en general presenta un carácter microlítico, aspecto observado tanto en los restos de talla como en los útiles, y que se relaciona a su vez con el fuerte grado de agotamiento que presentan los núcleos... Especial interés posee el epígrafe dedicado a los útiles, pues siguiendo a Beguiristain, en la línea de asociar los instrumentos en grupos concretos y definidos, tomando como elemento indicativo las tradiciones anteriores y de substrato, se obtienen resultados de gran valor cultural y dialéctico.

La segunda parte, menos extensa, nos introduce en el "Marco Geohistórico", mediante una valoración espacial y cultural de las estaciones neolíticas y calcolíticas de la provincia, en la que el taller de Cantarranas queda encuadrado dentro del "marco histórico de la transición Neolítico/Calcolítico". A través del registro arqueológico realiza un intento de comprensión de los procesos económicos y culturales de las comunidades prehistóricas que allí se establecieron. Considera la existencia de la práctica de una agricultura intensiva, capaz de producir excedentes pero dentro de una economía autosuficiente de subsistencia, en la que no nos es posible detectar aún, formas de especialización o división del trabajo más allá del ámbito doméstico. Pero, también es, en esta época de tránsito, cuando comienza a gestarse un proceso de transformación socio-cultural, que se ira desarrollando a lo largo del período Calcolítico, y que terminará por socavar los cimientos de estas sociedades preestatales de economía más o menos redistributiva.

Consideramos, para terminar, que este trabajo contribuye de modo esencial al estudio de la Prehistoria reciente de Andalucía Occidental en general y de la provincia de Cádiz en particular, al mismo tiempo que sugiere y utiliza nuevas vías de investigación para las industrias líticas de particular interés. En síntesis, una buena obra que merece ser leída, por lo que animamos a su autora a que continúe en el esfuerzo.

María Lazarich González  
Universidad de Cádiz

**EL PUERTO, SU ENTORNO  
Y AMÉRICA.  
ACTAS DEL CONGRESO**

El Puerto de Santa María,  
14, 15 y 16 de Octubre de 1992.

Concejalía de Cultura.  
El Puerto de Santa María, 1994.

Durante los días 14, 15 y 16 de octubre del año 1992 tuvo lugar en El Puerto de Santa María el Congreso que llevaba por título "El Puerto, su entorno y América".

Después de casi dos años y con motivo de la reciente publicación de sus Actas por

parte de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento portuense, hacemos ahora referencia al citado Congreso en las páginas de nuestra revista. En el mismo un nutrido grupo de investigadores, en su mayoría americanistas, presentó comunicaciones cuyos temas giraban en torno a las circunstancias que propiciaron la participación de El Puerto en la aventura del Descubrimiento y a las relaciones que mantuvo nuestra ciudad con el nuevo continente hasta el siglo XVIII.

Veintidós especialistas acudieron a esta reunión y expusieron sus trabajos, un total de diecinueve, que podrían quedar agrupados según las siguientes materias: Situación de la ciudad antes del Descubrimiento; Colón en El Puerto; La tradición cartográfica; Presencia portuense en el Nuevo Continente; Relaciones comerciales; Relaciones artísticas; Fuentes documentales e Iglesia. También debemos citar la conferencia de clausura pronunciada por el Embajador de Bolivia en España sobre la pervivencia de su origen andaluz en la memoria de los habitantes de la ciudad de Tarija.

Sería demasiado extenso el comentario de todas y cada una de las comunicaciones que forman parte de las Actas, por ello haremos solamente un análisis global. En él nos referiremos a las conclusiones a las que se puede llegar tras la lectura del libro y señalaremos las posibles aportaciones del Congreso a la historia de El Puerto en su relación con América.

Casi todas las comunicaciones vienen a coincidir, como queda reiterado por estudios anteriores, en que la entonces villa de señorío, propiedad de los Duques de Medinaceli, era un enclave geoestratégico importantísimo de cara no sólo a África, sino, un poco más tarde, también al Nuevo Continente. Los habitantes de El Puerto de finales del siglo XV adquirieron en sus viajes a las costas occidentales de África,

viajes, por otra parte, que venían siendo realizados desde la Edad Antigua y durante toda la Edad Media, una experiencia náutica que los llevaría a participar en la gran aventura del descubrimiento.

Esta tierra, que ya desde la antigüedad había sido foco de atracción de pueblos procedentes del Mediterráneo oriental, se convirtió a finales de la Edad Media en un núcleo al que acudían gentes de muy diverso origen, nacional y extranjero, atraídos por la situación privilegiada de toda nuestra bahía, con ansias de mejorar o enriquecerse, bien asentándose en la villa, bien emigrando a las nuevas tierras.

Sin embargo, y a través de las fuentes consultadas por algunos de los comunicantes de este Congreso, se pone de manifiesto que no fueron muchos los portuenses que se decidieron a emprender viaje, quizá El Puerto viviera entonces una buena situación económica que no lo llevaría a sufrir la sangría demográfica que sufriera por ejemplo la vecina Jerez.

La mayoría de las personas procedentes de El Puerto que emigraron a Indias y cuyas vidas han sido reconstruidas a través de la documentación, participaron de algún modo en las empresas de conquista y arraigaron en el nuevo continente, buscando la riqueza por medio de alianzas matrimoniales o de negocios diversos. En El Puerto permanecían otros con menos afán aventurero, pero muy hábiles comerciantes y negociantes. Así, el florecimiento del comercio colonial en la villa puede situarse en la primera mitad del siglo XVII y el final de dicho florecimiento en las últimas décadas del siglo XVIII, con la supresión, por parte de la Corona, de algunos privilegios que disfrutaba la villa, como el sistema de generalas, la alcabala de frutos o el Tercio de Toneladas. El incremento del comercio determinó que surgiera un grupo social que con el tiempo se convertiría en poderoso e influyente, nos referimos a los cargadores a Indias, cuya importancia, por ejemplo en el incremento de las colecciones artísticas, creadas en su mayoría con excedentes procedentes del comercio, fue notable.

A través de las Actas se pone de manifiesto que El Puerto fue no sólo un núcleo generador de intercambios de productos, sino también de movimientos de población, entre los cuales se pueden encuadrar los de los religiosos misioneros que emigraban a Indias para evangelizar a los habitantes de las nuevas tierras y que concurrían con frecuencia a esta ciudad.

Asimismo, se han estudiado las vidas de algunos personajes de origen portuense que desempeñaron un papel de primer orden como altos dignatarios de la Iglesia americana, caso del Arzobispo Vizarrón, descendiente de una de las familias de comerciantes con América de mayor poder en su época, o de Juan Ignacio de la Rocha que llegó a ser Obispo de Michoacán en Méjico.

A lo largo de las páginas de este libro aparecen ante el lector temas que pueden resultarles muy familiares o desconocidos, que redundan más o menos en aquellos aspectos más sobresalientes de la relación que unió a esta pequeña villa con las nuevas tierras en la otra orilla del Atlántico, pero que en definitiva despertarán en el lector o en el investigador deseos de descubrir nuevos aspectos que deseamos puedan ver la luz en un futuro segundo congreso.

Para finalizar, sólo me queda lamentar la no inclusión en estas Actas de la comunicación de Antonio Sánchez González, Director del Archivo de la Casa Ducal de Medinaceli, cuyas recientes investigaciones le llevaron a situar la estancia de Colón en El Puerto en el bienio 1490-1491, retrasándose así respecto a los años indicados por otros historiadores. De ella no se hace referencia alguna en la Presentación de este volumen, llevada a cabo por los coordinadores del Congreso, Paulino Castañeda y Carmen Cebrián, también participantes en el mismo. Esta Presentación se queda en una rapidísima visión de los temas tratados, sin llegar a un análisis más profundo, quizás como los autores indican es un mero intento y no un prólogo en todo el sentido de la palabra.

Ana Becerra Fabra

**"EL PATRIMONIO Suntuario  
DE LAS RR.MM.  
CONCEPCIONISTAS DE EL  
PUERTO DE SANTA MARÍA Y  
SUS APORTACIONES  
ULTRAMARINAS".**

**María Dolores Barroso Vázquez**

*Actas del "I Congreso Internacional  
del Monacato Femenino en España,  
Portugal y América.. León, 1993.*

El pasado 1.993 tenía lugar en la ciudad de León el "I Congreso del Monacato Femenino en España, Portugal y América" y la publicación de sus correspondientes actas bajo el patrocinio de aquella universidad castellano-leonesa. Entre

las comunicaciones presentadas se pronunció una que constituye una importante aportación al estudio del patrimonio religioso portuense, a cargo de la Dra. María Dolores Barroso Vázquez.

En ella se aporta un catálogo de las piezas de platería custodiadas en el Convento de Franciscanas Descalzas de la Purísima Concepción portuense, más conocido como de las Madres Concepcionistas. Se trata de una interesante recopilación de una de las comunidades religiosas con mayor patrimonio artístico, tan sólo una pequeña parte del rico conjunto de orfebrería portuense estudiado y catalogado por la Dra. Barroso en su Tesis Doctoral ("La Platería Religiosa de la Diócesis de Jerez", actualmente en proceso de edición); y que camina en la misma línea de investigación en ella iniciada.

Se analizan y catalogan un total de diecinueve piezas, la mayoría litúrgicas ( cuatro copones, tres custodias, dos cálices, dos juegos de aceite e hisopo, dos juegos de altar, un juego de cáliz y patena, un hostiario, una vinajera, una campanilla), entre las que se encuentran dos navetas procesionales. De entre ellas, la autora nos aporta la identidad de los artífices de tres de ellas, da dos como probables, trece las califica como anónimas y una de ellas no la identifica. Por lo que respecta a las épocas de ejecución, una corresponde al s. XVI, seis al XVII, nueve de ellas al s. XVIII, una de transición entre el s. XVIII y XIX y dos de este último. Dato éste de las fechas de enorme interés, ya que las piezas más abundantes corresponden a las centurias del seiscientos y setecientos, y la Dra. Barroso Vázquez vincula, en todo momento la realización de estas obras de plata con las relaciones ultramarinas de esta ciudad gaditana y de la Bahía en general, con el Nuevo Continente, que alcanzaron su momento próspero durante los siglos XVII y XVIII.

Estas piezas conventuales procedían con frecuencia de aportaciones de las propias monjas como parte de su dote al ingresar en la comunidad, o como regalos posteriores -no olvidemos que la mayoría de las profesas procedían de familias pudientes-, o bien por encargo de hermandades y ofrendas y donaciones de comerciantes adinerados, hacendados y Cargadores a Indias, que tan importante papel desempeñaron en los aspectos económico y político-social de la ciudad de entonces. Esto apoyaría la presencia y estancia de un importante gremio de plateros con clientela religiosa y civil, cuyas obras participarían también del intenso comercio colonial en los dos sentidos, como se señala por parte de Dña. María Dolores Barroso en la presencia de piezas

hispanoamericanas en la ciudad, prueba de importantes intercambios artísticos entre la metrópoli y sus colonias. Especiales fueron de entre estas generales relaciones, las mantenidas con la Bahía de Cádiz, como ampliamente ha analizado y señalado la misma autora en este y anteriores trabajos.

A fin de completar el patrimonio concepcionista, la Dra. Barroso destaca algunas interesantes piezas fuera del ámbito de la platería, como son un crucificado de marfil y dos atriles policromados, ambos de procedencia filipina y rasgos orientales -también producto de un intercambio fuera de nuestras fronteras, aunque menor que el americano-, así como el magnífico retablo barroco de la iglesia del convento, todas ellas dignas de ser citadas.

Si nos propusiéramos exigir, echaríamos en falta un elemento tan ilustrativo para un trabajo de estas características como son los referentes fotográficos, pero nos hacemos perfecto cargo de los límites presupuestarios para estas ediciones, por lo que sólo nos queda desde estas líneas felicitar a Dña. María Dolores Barroso por la divulgación de estas apenas veinte, aunque interesantísimas piezas, del patrimonio religioso portuense, cuya oportunidad de ser estudiadas y dadas a conocer en profundidad no podía ser desaprovechada.

**Mercedes García Pazos**

**LUIS CARRILLO  
Y SOTOMAYOR.  
"OBRAS".**

Edición de Rosa Navarro Durán  
Clásicos Castalia.  
Madrid, 1990.

Cuando un original yace desde 1981 hasta 1990 en las mesas de una editorial, sobre todo si en esa editorial aseguraron que la publicación sería inmediata, hay motivos más que suficientes para echarse a temblar. Casi diez años son muchos como

para que a nadie se le ocurra emprender un trabajo sobre el mismo tema. Y eso ha ocurrido, porque, para Don Luis Carrillo Y Sotomayor, los años 1980-1990 puede decirse que constituyen su "década prodigiosa". Tres mujeres, tres, (Fiorenza Randelli Romano, Angelina Costa Palacios y Rosa Navarro Durán) se han ocupado en estos diez últimos años de la obra de Carrillo. ¿Cuál Lisi, cuál Celia, cuál Laura?. Tres mujeres, tres, en la vida de don Luis. Y si por causa de Laura, parece tomó nueva vida

el poeta; por la entonces Profesora Titular y hoy flamante Catedrática de Literatura de la Universidad Central de Barcelona, Rosa Navarro Durán, la vida y la obra de don Luis Carrillo han tomado un nuevo sentido.

La verdad es que si se sigue la cadencia de estudios y ediciones que, en este siglo, se han dedicado, directa o indirectamente, a la vida y a la obra de Don Luis Carrillo y Sotomayor, no resulta extraña la aparición de uno o dos por década. Sin embargo, desde 1613 (en que aparece la segunda edición de las obras de Carrillo) hasta los años setenta del siglo pasado, (en que Adolfo de Castro publica en sus "Poetas Líricos de los siglos XVI y XVII" nueve sonetos y dos canciones) nuestro poeta es prácticamente un "inédito".

Tengo la impresión, y no sé si estaré equivocado, de que casi todo el mundo, cuando ha abordado la obra de don Luis Carrillo, lo ha hecho en tanto en cuanto a Góngora. Siempre Góngora como un referente. Incluso las magistrales y muchas páginas que Dámaso Alonso le dedica son una excusa para hablar de Góngora. Acaso se hayan visto en la "necesidad" de inmolar a Carrillo en las aras de Góngora, durante mucho tiempo. Sin embargo, en sus conclusiones la Profesora Navarro Durán da en la tecla, en la página final de su introducción a las "Obras" (pág. 90) que no voy a transcribir, pero que invito a leer.

El Puerto, base e internadero de las galeras reales y sede de la Capitanía General de la Mar Océana y de la costa de Andalucía, no fue ajeno a la presencia de gente multicolor y varia entre la que se encontraron desde Estebanillo González e infinidad de gitanos presos como galeotes, hasta Don Juan de Austria, Miguel de Cervantes, el Duque de Fernandina, el Príncipe Filiberto de saboya, Andrea Doria o el propio Don Luis Carrillo y Sotomayor, poeta y marino que repartió su corta vida entre Baena (¿cuatro años?), Madrid (¿siete años?), Salamanca (seis años; Aunque seis años de estudios, y éstos en Salamanca", comienzo del prólogo de la edición de 1613 del "Libro de la erudición...") y El Puerto de Santa María (siete años largos, casi ocho, con breves y obligadas ausencias por estar embarcado, un viaje a Madrid con su compañero y plagiador Suárez de Figueroa y escalas en Cartagena donde contacta con Cascales y su grupo). Aquí vivió y murió y aquí fue, primero entrenado en galeras, luego, capitán de la Patrona de España y, finalmente, cuatralbo de galeras. Pero, con ser marino, en su obra, el mar, las galeras, el Guadalete... son un pretexto para imágenes poéticas. Salvo en el romance: "A la caza de unas galeras turquecas" y en la dedicatoria de la

"Fábula", en que se adivinan la acción naval (en el romance) y el ocio marineramente, su poesía es, sobre todo, de amor, de ausencia y de desamor. No se trasluce en ninguno de sus versos la profunda vida de ascetismo y piedad que abraza al final de sus días. Tan sólo sabemos que dos años antes de su muerte "ni aún se daba a estos ejercicios de ingenio" como cuenta su hermano y primer editor Don Alonso.

Carrillo compuso, que hoy se sepa, y en buena parte por la reestructuración y disección magistral que la Profesora Navarro ha hecho, cincuenta sonetos, la "Fábula de Acis y Galatea", dos églogas, quince canciones y dos estancias, ocho romances, un epitafio, tres letras, nueve poemas en redondillas, uno en liras y otro en décimas. Su obra original en prosa la constituyen el "Libro de la erudición poética" y tres cartas eruditas. Se conocen, también, sus traducciones de los 396 primeros versos de "Remedia amoris" de Ovidio y la "De brevitare vite" de Séneca. Del "Poema de Santa Gertrudis", aunque su hermano Alonso escribe que algunos amigos le dijeron "lo habría acabado", sólo encontró partes y no se dedicó a imprimirlo. Acaso en ese poema estuvieran los únicos raptos del talante religioso que lo caracterizó en sus años finales y seguramente alguna clave más de su enigmático ascetismo último.

Este poeta de Baena, nacido en 1585 o 1586, era caballero del "ábito de Santiago, con que se fue a servir a las galeras de España, desde edad de diez y siete años, de entretenido en las dichas galeras, de capitán en la patrona de España y de quatrálvo ... [y] murió [en el Gran Puerto de Santa María] sirviendo el dicho oficio de edad de veinticuatro años..." en 1610. En este último año, el Padre Fray Luis Núñez de Prado, de la Orden de los Mínimos del Convento de la Victoria, predicó un sermón en la iglesia del Convento de San Agustín de esta Ciudad, "A las honras del nobilísimo Caballero de buena memoria Don Luis Carrillo del Hábito de Santiago, Comendador de la Fuente del Maestre, [encomienda "de la qual no puedo tener aprovechamiento alguno" porque S.M. le hizo merced de ella nueve meses antes de que muriera] y quatrálvo de una Escuadra de Galeras de España..." "Don Luis Carrillo cuando "estaba consultado para general de las [galeras] de Portugal" murió con sentimiento general de todos, y declaró que tenía hecho voto de castidad y religión. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Francisco de Paula en El Puerto y luego se trasladaron sus restos a la capilla de San Pablo de la Catedral-Mezquita de Córdoba. En su testamento, da las armas a sus camaradas, los vestidos a sus criados "y al convento de Nuestra Señora de la Victoria a

quien tanto con sus devociones y estaciones frecuentaba, dejó toda su librería". Porque Carrillo acudía "muy ordinario" al convento, se estaba todo el día con los religiosos de grande espíritu... y particularmente venía todos los miércoles y viernes en la noche a los ejercicios de la Congregación"...tomando asperísimas disciplinas, mortificando su cuerpo con cilicio y asperezas y esto tanto en tierra con en la mar donde "todas las noches tenía una hora de disciplina, recogido en el camarín de su galera; de, manera que, estando tan verberado y herido del rigor de la disciplina, era necesario que con todo secreto le curasen, sin ser posible decir de dónde procedía aquella sangre y aquellas llagas". En cuanto tocaba puerto, solía visitar los santuarios marianos. Así, consta que era devotísimo de la Virgen de la Europa, en Gibraltar, de la de los Milagros y de la Victoria, en El Puerto, de la de Monserrat, en Barcelona...

Su vida de ascetismo contrasta con el tono de su poesía, porque "... ni uno solo de sus poemas publicados deja entrever ese apasionamiento religioso...". El repentino cambio de vida debió producirse con el casamiento de Doña Gabriela de Loaisa y Mesía (la posible Laura de sus poemas) a la que dedicaba su "Remedia amoris" de Ovidio y de la que encarga al pintor Pedro Ragis un retrato en figura del arcángel San Gabriel. En tres décimas se dirige "Al original del retrato" con unos versos acrósticos que cifran el nombre de "DONAGABRYELADELOHAYSAMESIASALUD". Doña Gabriela, a quien Carrillo llama su cuñada, era hermana de Alonso de Loaisa, esposo de María Elvira Carrillo. La indignación del poeta ante la inesperada boda de Doña Gabriela con el rico comerciante genovés Don Pedro Veneroso colmó el vaso. En el soneto 7 ("A Laura, empleada con otro dueño") le pide que piense en él mientras imagina una escena de amor entre ella y su "dueño"; en el soneto 36 intenta, con un conjuro, ablandar el rigor de la dama. Orozco opina que las canciones VII [octava de R.N.D.] y IX [décima de R.N.D.] en que se cita a Laura, están "indudablemente dirigidas a doña Gabriela". Otras dos damas ocupan el corazón de Carrillo: Celia y Lisi. En seis sonetos aparece Celia. En el 22 hay una escena amorosa entre el poeta y su amada a orillas del Guadalete, el río de El Puerto de Santa María, un río que reiteradamente estará presente en los versos de Carrillo asociando el nombre de Guadalete, Leteo, al del olvido amoroso: "que es natural en el Guadalete olvido", soneto 22; "Guadalete quejoso/ dure tanta memoria en tanto olvido" // "y a mí, el que he merecido/ Guadalete, por firme entre su olvido", Canción [cuarta de

R.N.D.]; o en el romance "Cristales, de cuyas aguas/ tanto la fama y su trompa pregona/.../ y entre quejas de Rodrigo..." en que describe las aguas del Guadalete, río del olvido y alude a Don Rodrigo, el último rey godo, derrotado por los árabes en el 711 en la batalla que lleva el nombre del río; o en la glosa a la letrilla: "*En tus aguas me acoge,/ gran Guadalete./ le dará a mi memoria/ tu olvido muerte*"; o en el romance "Pártome en estas galeras", que acaba: "Callo, y escucha, mi dueño/ porque se despiden ya/ de Guadalete los remos,/ quizá te enternecerán".

Sus dichas y desdichas con Celia son motivo de los sonetos 18, 22, 25, 26 y 42. Con Lisi lo son los sonetos 31, 43 y 37 (la muerte de Lisi, a cuyo asunto dedica también el romance "Pero ¿que sirven los estudios...") y los romances "Coronaban bellas rosas" y "Pártome en estas galeras" y las redondillas "Sale el sol y salís vos". Se me antoja que la "Fábula de Acis y Galatea", que tantos quebraderos de cabeza ha dado a la crítica, la compuso Carrillo en El Puerto, en la base de las galeras, durante un descanso en las escaramuzas y batallas navales. Y lo deduzco de las cinco octavas de la dedicatoria al Conde de Niebla, Don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno,... Capitán General de la costa de Andalucía: la Capitanía General tenía su sede en esta ciudad y posiblemente aquí, en una invernada, mientras las galeras estaban atracadas en El Puerto, Carrillo se dispuso a componer su "Fábula", ¿de regreso de un periplo por Italia, sugerido por la vista del Etna, al bordear Sicilia, y embebido en la lectura de Ovidio? A propósito de la "Fábula" y su influencia en el "Polifemo" de Góngora, la Profesora Navarro concluye con que "es indudable que Góngora leyó la "Fábula de Acis y Galatea" ... pero Góngora quiso competir con Ovidio, Carrillo sólo imitarlo". Y es cierto. Por eso, ella ha puesto por nota los versos del Libro XIII de la "Metamorfosis" de Ovidio que "Carrillo recrea para que pueda destacarse la imitación de nuestro poeta, no la traducción" aunque Dámaso Alonso, un tanto exageradamente, tildó a la "Fábula" de traducción al pie de la letra. Pero Carrillo dejó escrito que "la poesía usada de algunos modernos deste tiempo, siendo imitadora de los antiguos será buena".

Estamos ante una edición escrupulosamente cuidada, laboriosamente concebida y novedosísima. Aunque sólo fuera porque es la primera vez, que desde 1613, se publican en un solo volumen las obras (originales) de Don Luis Carrillo y Sotomayor ya tendríamos una razón más que suficiente para apreciar esta edición. Es cierto que ésta contiene

sólo las obras originales de Carrillo y elimina las traducciones (las de los 396 primeros versos de "Remedia amoris de Ovidio, por cierto tratada por R. N. D. "Studia in honorem M. de Riquer", Universidad de Barcelona, II, 1987, pags. 395-432, y la de "De brevitae vitae" de Séneca), pero la Profesora Navarro ha sido meticolosísima al escoger, para la obra poética, la edición de 1613, porque "los textos poéticos que nos ofrece. . . son más correctos y no figuran entre ellos aquellos poemas que sus amigos consideraron que no eran suyos" y, aunque los reproduce en el mismo orden en que figuran en la edición de 1613, sin embargo, sigue, en parte, a Dámaso Alonso en la inclusión de las canciones segunda, tercera, cuarta y quinta en la égloga primera y en la división en dos canciones de las dieciséis y la dieciocho porque sus contenidos indican la fusión de dos canciones distintas en cada una de ellas. Sagacísima es a la hora de tratar estos problemas que planteaba la edición de la égloga primera (que posteriormente, en GLOSA, nº 1, Universidad de Córdoba, 1990, páginas 185-193, explica con más detalle) y, al identificar la égloga segunda con la canción primera, comienza la serie de canciones con la segunda, como en las ediciones de 1611 y 1613; disecciona dos estancias que coloca al final de las canciones, "que en realidad son dos estrofas desgajadas de otras tantas canciones"; pone por nota lecturas plausibles de la primera edición (la de 1611, atropelladamente debida al fraternal dolor de don Alonso Carrillo, por la muerte reciente del poeta), omitiendo evidentes errores y, en algún caso, ha preferido, y lo indica, la lectura que presenta el texto de la primera edición; anota variantes que ofrecen doce sonetos (los números 29-36, 44-46 y 50) en la copia que figura en los folios 29 al 34 del manuscrito 3.888 de la Biblioteca Nacional. Nos sorprende con un romance "nuevo", olvidado, de Don Luis Carrillo, sobre el que la Profesora Navarro había publicado un trabajo (en CANENTE, número 3, abril 1988, págs. 41-51). Es el romance "Pero ¿que sirven estudios..." que aparece tras la traducción de "Remedia amoris" de Ovidio, sin epígrafe en ninguna de las dos ediciones, por la sencilla razón de que el "pero" inicial parece enlazarlo con la versión del poeta latino.

En cuanto al "Libro de la erudición poética", que para Dámaso Alonso sólo es un "tratadito aristocrático sobre el arte escribir", la Profesora Navarro Durán sigue la primera edición, porque en la segunda el editor sustituye las traducciones en prosa de las citas que utiliza Carrillo, "a veces bastante libres, por otras literales del propio editor, que

figuran junto a los originales latinos muy a menudo suprimidos en la edición de 1611". Sin embargo, esto le permite entrecomillar las citas y separarlas del texto de Carrillo, amén de anotar algunas variantes y corregir algunos errores. Suprime los ladillos, presentes en la primera edición, pero los pone por nota cuando aportan algún dato.

Para la Profesora Navarro Durán "Carrillo no defiende la oscuridad por sí misma, sino la poesía como imitación de la de los clásicos (habla sólo de la épica), hecho que lleva consigo utilizar una lengua distinta a la usual, que será difícil y oscura para aquel que no dedique el mismo cuidado en entenderla que el que el poeta ha puesto en crearla. Solo los doctos la entenderán, de ahí que demuestre cuán necesarias son las "buenas letras" en los poetas". Pero también los detractores de Góngora, como Juan de Jáuregui, comparten las ideas de Carrillo. Melchora Romanos, (citada por R. N. D.) al referirse al "Discurso poético" de Jáuregui, escribe que éste "no debe desgajarse del tronco común al que pertenece junto con aspectos de las "Anotaciones" de Herrera y el "Libro de la erudición poética" de Don Luis Carrillo y Sotomayor; la preceptiva italiana, neoaristotélica y horaciana". Rosa Navarro concluye con que es evidente la influencia del "Libro " en Jáuregui y más cuando reproduce dos de las citas que aporta Carrillo, de Horacio y de Cicerón, casi unidas, como ejemplo de que los buenos escritores se contentan con tener pocos oyentes, los doctos. Jáuregui anda y desanda los pasos de Carrillo. Es indudable su influencia en él y el valor que sus contemporáneos dieron a las palabras de Carrillo como apunta Rosa Navarro Durán. Y aunque en el "Libro." anuncia que va seguir sus teorías, Carrillo "no teorizó sólo para justificar su estilo poético: su carta segunda lo desmiente" (R. N. D.). La imposibilidad de conocer la exacta cronología de su obra poética, "salvo la vaga alusión a un soneto", nos impide saber de cierto si alguno de éstos fue posterior al "Libro .".

Don Luis Carrillo estuvo encastrado a esta tierra; a esta tierra dió su propio cuerpo y su obra nos lo sugiere: aquí vivió, aquí escribió, aquí murió, aquí fue enterrado. A este limpio poeta, de tan breve y fecunda vida, que "suena", a veces, a Garcilaso y, a veces, a Góngora, y que no es el uno ni el otro, sino que "estuvo situado en un momento clave para la poesía española y "su obra es digna de su tiempo., lo mejor que podemos hacer es leerlo, de la mano de Rosa Navarro Durán, que es, para mí, su mejor y más cuidadosa editora.

Luis Suárez Avila

**EL CABILDO MUNICIPAL DE  
EL PUERTO DE SANTA MARÍA  
(1725-1734).  
UN ESTUDIO DE LA  
INSTITUCIÓN EN SU  
TRÁNSITO DE SEÑORÍO A  
REALENGO.**

**Jesús Manuel González Beltrán**

Cádiz. Diputación Provincial, 1993.

Siete años separan la realización de este trabajo y su definitiva redacción de la publicación del mismo, lo que no es poco si consideramos, aparte de argumentos de peso relacionados con el discurrir historiográfico de los últimos años, el propio quehacer del autor que durante este tiempo ha ido forjándose en el oficio

y especializándose en la historia de las instituciones locales de nuestra provincia. Un plazo tan largo invita a lecturas de distinta significación en las que no nos parece oportuno entrar, pero también aboca a una reflexión inevitable acerca del escaso papel y la nula actividad que nuestra sociedad confiere a la Historia. No resulta baladí esta invitación reflexiva cuando, además, el presente trabajo se inscribe dentro de la historia local y tiene como objetivo el análisis de una institución básica en la vida de los pueblos de España desde la Edad media hasta nuestros días: el Municipio. A estas dos razones, cada una de ellas en sí suficientes para justificar la atención tanto del lector interesado como del profesional, pueden añadirse algunas otras que aumentan el atractivo del tema. No sólo se trata del estudio de una institución básica en la sociedad del Antiguo Régimen, en un ámbito espacial que nos es especialmente próximo, El Puerto, sino que el estudio se ubica en un marco cronológico - el Setecientos- especialmente fecundo en la historia económica y social de la Bahía gaditana, convertida, desde el último cuarto del Seiscientos, en el corazón de las transacciones comerciales, también humanas, culturales, artísticas, etc., entre el Viejo y el Nuevo Mundo. La revalorización comercial y estratégica de la zona llevará a Felipe V a una decisión importante para la ciudad de El Puerto: su incorporación a la Corona y, en consecuencia, finalizará su etapa como ciudad señorial bajo el dominio de los Medinaceli. Este acontecimiento permite al autor realizar un sugestivo análisis de la dinámica de los cabildos municipales portuenses verdaderamente fecundo en conclusiones. Y es que a pesar del corto espacio temporal diseccionado, y precisamente por la coyuntura política señalada, nueve años de la institución portuense son suficientes para estudiar el cabildo de El Puerto

bajo dominio señorial, el periodo de tránsito mientras se consuma el paso del dominio señorial al real y, finalmente, el funcionamiento del regimiento portuense con cabildo de realengo. Tres amplios capítulos se destinan a desgranar los avatares de esta institución en tres situaciones distintas, dedicándose otro más al estudio de las distintas funciones que tanto el cabildo señorial como el de realengo desarrolla en la ciudad. Este último capítulo permite observar al Regimiento portuense como algo vivo, profundamente ensartado en la vida de la ciudad y controlando el discurrir cotidiano de ésta. Con esta estructura, las conclusiones, lógicamente, son importantes, confirmándose la mayor libertad de la que gozan las autoridades locales bajo el dominio real, la continuidad, a pesar del cambio institucional, de las mismas personas en los cambios o políticos y la permanencia, también, del principal problema del cabildo portuense, a saber, sus dificultades financieras.

Todo ésto y mucho más ofrece este libro, por otra parte bien construido y de fácil lectura, sólo nos queda desear que una difusión presta suavice lo injusto de su largo sueño forzado en no se sabe qué armarios.

**María José de la Pascua Sánchez**  
Universidad de Cádiz

#### **LA VIDA COTIDIANA EN LA PINTURA ANDALUZA**

**Luis Quesada**

Fundación Focus de Cultura  
de Sevilla (FOCUS), Sevilla, 1992.

Luis Quesada, escritor y periodista, nos presenta un amplio y lujoso libro sobre un tema tan sugerente como la vida cotidiana en la pintura andaluza. Sugerente por dos razones: la primera por "casi desconocido", ya que los grandes temas artísticos han sido tanto en pintura como en escultura los religiosos, palacios o bodegones, no deteniéndose en lo cotidiano (llámese "vida popular") ni los mismos artistas, hasta el barroco y sus grandes figuras. La segunda razón es la de estudiar precisamente este tema, tan olvidado y en segundo plano para los historiadores del Arte con respecto a los citados anteriormente, y dejar abierto un camino para futuros estudios.

El libro se encuentra dividido en tres partes: la primera dedicada a los siglos XVII y XVIII; la segunda al siglo XIX y la tercera a la primera mitad del siglo XX. Comienza con la pintura barroca sevillana para seguir

por provincias, analizando las pinturas y pintores dedicados a estos temas.

En la tercera parte del libro, dedicada al siglo XX y titulada *“La realidad como pretexto. De Alfonso XIII a la postguerra civil. Regionalismo, modernismo y vanguardias”*, hace mención especial a El Puerto de Santa María, como ciudad en la que se ha dado bastante importancia al tema de lo cotidiano.

Cita de finales del siglo pasado al tan conocido Francisco Lameyer como pintor romántico-costumbrista, que donó algunas obras a la ciudad, algunas expuestas en el Museo Municipal; a Antonio y Rogelio López, ambos, al igual que Lameyer galardonados varias veces con premios artísticos. Rogelio López fue discípulo de Sorolla.

Ya en el siglo XX nos informa brevemente de la actividad artística y evolución de la obra de Eulogio Varela Sartorio, pintor, ilustrador de libros y revistas (*“Blanco y Negro”*) y cartelista. También podemos contemplar obras suyas en el Museo Municipal, así como de Enrique Ochoa, que además de pintor era gran aficionado a la música.

Recuerda ala labor de enseñanza que ha llevado a acabo la Escuela de Bellas Artes de Santa Cecilia, fundada en 1.900 y a uno de sus maestros, Juan osé Bottaro, también restaurador (puertas principal y del entrecoro y el zócalo de piedra de la sillería del coro de la Cartuja).

Discípulos de Bottaro fueron Manolo Prieto, creador también de medallas conmemorativas. Luis Suárez Rodríguez y su cuñado Juan Avila también plasmaron la vida cotidiana andaluza, como Ricardo Summers, conocido artísticamente con el nombre de Serny, pintor de gran prestigio nacional.

Termina con una referencia a Juan Lara, discípulo de Bottaro y sus temas taurinos y escenas andaluzas, en las que la luz es un elemento esencial.

En definitiva, hace una breve alusión, a modo de inventario, de la pintura portuense de este siglo, que puede servir como punto de partida para profundizar en la pintura portuense y sus valores artísticos.

**Olga Lozano Cid**